



ALÍNEZ

Herederero de la jefatura del partido liberal

Semanario satírico

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES

DIEZ CENTIMOS el numero

ADMINISTRACIÓN

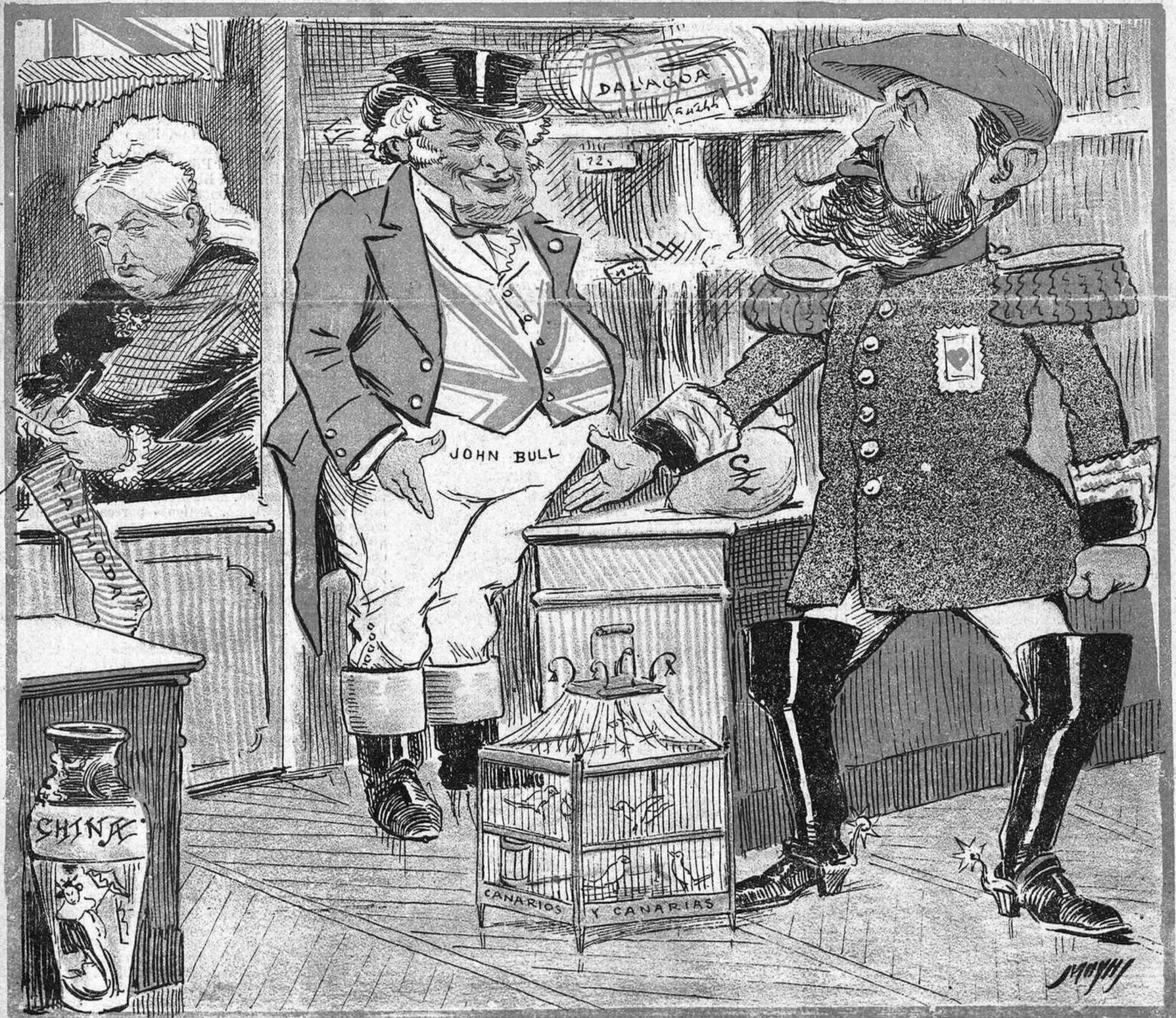
Colmenares, 7, bajo izquierda

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre...	1,50 pesetas.
Año...	6 —
Provincias y Portugal, semestre...	4 —
Extranjero y Ultramar, año	16 —
Número atrasado...	0,25 —
25 ejemplares...	1,50 —



EN CASA DEL USURERO



El R. —Para sacar mi corona que aquí en ocasiones varias empeñó mi real persona, le traigo á usted estas canarias.

John Bull. —¡Vengan! ¿Y la papeleta?

El R. —Me la dejé en Oroquieta.

Carta de París

Hemos recibido la siguiente carta de París, que con mucho gusto damos á las cajas... fúnebres. La firma Meco, el pobre Meco, aquel á quien matamos entre todos y él solo se murió. Parece, sin embargo, que también en París se levantan muertos, puesto que Meco nos escribe, á no ser que haya suplantado su firma Enrique Sepúlveda para largarnos el artículo sin el anuncio de la T. asatlántica. De todos modos, ahí va la carta de Meco ó de Sepúlveda. ¡Los dos son capaces de escribir hasta después de muertos!

París 20 de Noviembre.

Querido Calínez: Desde que llegué á esta capital de la res-pública estoy acatarrado. Dicen que á todos los gallegos nos pasa lo mismo en cuanto llegamos á París; como traemos nuestro aire y aquí hay otro, se establece corriente y catarro seguro. Yo lo pesqué en seguida. ¡Así pescara con tanta facilidad la presidencia del Consejo de Ministros! Pues bien, Calínez de mi alma, no hago más que comprar pañuelos moqueros. Treinta llevo á cada conferencia, y al terminarse ésta me encuentro sin ninguno. ¿Quién me los sacará tan limpiamente de los bolsillos? Puede que sea el otro presidente. Ello es que vine á París hecho un puro Meco, y á consecuencia del constipado estoy hecho un puro etc.; es decir, lo mismo; pero cambiando á mi nombre la primera vocal. De todas suertes, mi catarro va cediendo, porque los primeros días de mi estancia en París tosiá bastante fuerte y ya no toso, sino que me tosen los del bando contrario, y cada vez que les entra la tos empiezan á gritar: «¡Si toseis, tomeis! ¡si toseis tomeis!» Y se toman hasta mis pañuelos moqueros, Uno traje de hierbas gallegas que parecía un mantón de Manila, sobre todo después de usarlo yo: pues hasta ese ha desaparecido! Caro me va á salir en pañuelos mi viaje á esta capital. ¡Y menos mal que los yanquis me dejen siquiera el catarro!

Con eso de la enfermedad, si no grave, molesta, no tengo humor para nada. Abarzuza quiere llevarme todas las noches á *Folies Bergere*; pero yo le digo: —¡Ay, don Buenaventura, para *Folies* las nuestras! y me meto en la cama á sudar. He sudado ya, querido Calínez, hasta el mismo Protocolo. Duermo en plena humedad y salen de mi cama copiosos ríos de sudor. ¡Nunca creí que un Montero tuviese tanta agua dentro!

¡Bien es verdad que durante mi larga vida política me he metido en tantos charcos...! Pero como éste ninguno. ¡Ay, Calínez, se lo aseguro á usted; ninguno como este! Un par de yernos daría por no haber venido á París, digo, á París, en estas críticas y extremas circunstancias. La única distracción que me permito de vez en cuando, es una ascensioncita á la torre Eiffel. Me gusta mucho ver París á mis pies.

Lo mismo le sucedía á la Guerrero. Ambos, gracias á la torre Eiffel, hemos tenido mayor éxito moral que material. Hemos subido mucho, es cierto, pero pagando el ascensor. Yo ya se lo dije á Medrano: para lo que voy á sacar aquí, lo mismo da que se quede usted ó que me quede yo; todo ha de ser *memorandum* arriba ó abajo; con que quedese usted y yo me iré en lugar suyo con Gamazo á la compañía de *El Español*. No quiso Medrano cambiar de *memorandum* y hube de quedarme en París prisionero y acatarrado, y aquí estoy.

Hace unos días visité á Félix Faure, mi primo; me recibió muy bien. Le llevaba un borrego, ¡qué otra cosa podemos ya llevar los españoles! le gustó mucho y me preguntó en seguida por varios políticos de ahí. Mirándome después al borrego que pendía de mi cuello y acordándose sin duda de ciertos conferenciantes: ¿Cómo se lo han dejado á usted?—me preguntó con asombro y en francés.—Yo le contesté en gallego fino. Ccompletamente esquilado. El acto resultó, pues, solemne, y mi primo Faure me dió el beso de ritual. Es todo lo que llevaré de regreso á España ¡un beso de Félix Faure! Hizo muy bien Medrano en no querer cambiar!

¡Imagínese usted—amado Calínez—la situación de un hombre que viene á París con un inmenso patrimonio territorial, se lo roban y vuelve á España sin más que un beso de Faure! ¿No es esto para que Meco se deje matar otra vez?

Pero basta ya de lamentaciones epistolares. Espero regresar en breve á España besado y todo lo demás. Ya de cuantos asuntos me traje aquí y aquí me dejo en manos de los yanquis, sólo me retiene uno, el de la indemnización por el *contrôle* del Archipiélago filipino. Los comisionados de José María ofrecen veinte millones de *dollars* ¡precisamente la cantidad que me he gastado en pañuelos!

Tengo ya ansia de verme en la frontera y de meter el cuezco en la política interior de ese desdichado país. Mi catarro no se curará si á la vuelta no me nombran presidente del Consejo de Ministros. Puede usted decirle por consiguiente á Sagasta ¡que ahora el acatarrado soy yo!

Hasta la vista, pues, excelente Calínez. Un beso mío y otro de Félix Faure. Suyo, con todos los cánones estropeados,

MECO.

LA CHAVALA

ESCENA IV

Señá Recareda (doña Práxedes Vidal).—El asistente Cascajares (D. Valeriano Carreras).

Cascajares sale por el fondo de *El Nacional*, se dirige á la ventana del Herald y viendo que no está allí Concha (Canalejas) va hacia el puesto de la gallinejera (D. Práxedes) que hace como que no le ha visto.

CASC. —¿Estará la jovencilla?
¡Se fué! ¡Vamos con la vieja!
¡Palmerita del desierto!

REC. —¿Otra vez?
CASC. —Con cuatrocientas veces, de un par de semanas cada vez, no tiene menda tiempo de verla á su gusto á usted ¡ay! y á su cartera.

REC. —¿Qué usted tomar algo?
CASC. —Bueno: pué que tome alguna de esas tajás, aunque estén más duras que si fuesen de Correa, por no desairar...
(Va á tomar una tajada y se quema.)
¡Reconcho!

REC. —¿Qué es eso?
CASC. —¡Caray, que quema!

REC. —¡Calentitas!
CASC. —Vamos, no se ría usted, mala idea.
(Amenaza á la señá Recareda con una silla y al dejarla en el suelo se sienta.)

REC. —Me gusta usted por lo franco.
CASC. —¿Sí? ¿La gusto á usted de veras ó es que quiere usted rascarse con un asistente, nena?

REC. —Oiga usted, yo no me rasco, porque, pa que usted lo sepa tengo el cuerpo verdinegro igual que una bereñena.

CASC. —Que lo tenga usted así muchos años, y que yo lo vea.

REC. —Gracias. (Hace un mohín picaresco propio de Consequillo.)

CASC. (Suspirando.) —¡Ay!
REC. —¿Qué?
CASC. —¡Lo del deo!

REC. —¡Sóplesele usted!
CASC. —Maestra, permítame usted y usted disimule la molestia, ¿qué es esto? (Acercándose á la mesa de las gallinejas.)
—Son credenciales.

REC. —¿Credenciales?
CASC. —Las hay buenas.

REC. —¿Y se pueden catar?
CASC. —Magras.

REC. —¿Y en este plato...
CASC. —Hay carteras.

REC. —¿Me da usted un poquirritito? (Haciendo ademán de coger una tajada del plato.)
CASC. —No señor.

REC. —¿Por qué, sirena?
CASC. —Porque está comprometida pa un parroquiano.

REC. —¿Paciencia!
Y ¿usted se llama?...
CASC. —Unas veces Andana, otras Recareda...

REC. —¿Uy, qué mono! ¿Y usted es libre?
CASC. —¿Qué?

REC. —¿Qué?
CASC. —Que si no la camela con fatigas, ningún hombre formal.

REC. —¿A puñaos!
CASC. —¡Por fuerza!

REC. —¿Pero usted vive solita?
CASC. —Con la Cruz.

REC. —¿Anda, dos hembras!
CASC. —¡Estarán ustedes más tristes algunas veces!

REC. —¡Cá!
CASC. —¡Ea,

yo no deajo que continuen las cosas de esa manera! Una mujer de ese garbo, con tamaña Presidencia y un cesto de credenciales y que tiene casa abierta y en ella tantos artículos como los que usted maneja necesita un caballero probó, que vele por ella y que la ame y que la lleve los libros en toda regla y escupa por el colmillo si es que la ofende cualquiera.

REC. —Pondré un anuncio.
CASC. —¿Pa qué?

REC. —Lo mismo que si le hubiera puesto usted ya. Mi persona ama y entiende de cuentas.

REC. —¿Sabe usted una cosa?
CASC. —¡Varias!

REC. —Que antes de que usted naciera tenía yo en el archivo tó lo que usted sabe.

CASC. —¡Pérfida!
REC. —Quié decirse, que á mi lao es usted un niño de teta.

CASC. —¡Ojalá Dios!
REC. —¡Vaya un trucha!

CASC. —¡Yo trucha! ¡Maldita sea por siempre jamás la hora en que oyendo á Canalejas hablar de aproximaciones vine á verla á usted de cerca, porque si usted me repudia, le pego un tiro en la cresta!

REC. —¡Quite usted el pistón!

CASC. —¿Qué? Miste:
le salto la cobertera...

(Cuando haya crisis, veremos cómo termina esta escena.)

LA ASAMBLEA DE ZARAGOZA

(INFLAMONEMAS DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL SEÑOR MICHIGÁNEZ)

Llegada de nuestro corresponsal

Zaragoza 20 (8 n.)

Acabo de llegar. Gran éxito. Sigo telegrafando. Empiecen á remitir fondos.—Michi.

Sesión inaugural

Zaragoza 20 (3 t.)

Va á comenzar la sesión inaugural. Abre puertas Paraíso. Preside Paraíso. Habla Paraíso. Aquí todo es Paraíso. Ríome teatro Real. Veo varios Adanes, ninguna Eva. Paraíso decadente Valle Inclán. Dicen que también hay culebra; pero aún está enrosca. Avisaré aparición bicha en Paraíso. Ahora aparece no bicha, sino exministro Castellano en tribuna presidencial. Cáese tintero Paraíso. Sácanle con dos plumas como ave Paraíso. Siéntase al lado de éste San Pedro lleno de llaves, pero sin Rodríguez, afortunadamente. Empieza sesión. Periodistas ocupan mesas menos elegantes. También son elegantes periodistas que ocupan mesas menos. Estamos representados todos los periódicos importantes de la corte. Se espera á Nido con ansiedad. Dícese detenido en Calatayud por perder tren á causa volcarse huevos fritos. Lamenta Asamblea accidente huevos Nido y se propone no caer del mismo. Todos recomiendan huir oratoria. Habla Paraíso. Continúa hablando Paraíso. Habla Clot. Vuelve á hablar Paraíso. Habla nuevamente Clot. Habla Ruiz de Velasco. Habla Paraíso. Habla Malodell. Habla Espinós. Habla Pérez. Habla Balandrón. Habla Olano. Habla Rodríguez. Habla otro Pérez. Habla mismo Paraíso. Todos han hablado contra derroche oratoria y dicho

Zaragoza está en un llano con esta Asamblea en medio, y la Virgen del Pilar á la orillita del Ebro.

Oradores aplaudidísimos novedad conceptos y lacónismo patriótico. Recíbense varios telegramas de mil y más palabras cada uno, recomendando se huya derroche frases. Secretario no lee telegramas, pero dedicales discursos y hace constar número palabras para satisfacción silenciosa Asamblea. Sigue Paraíso en uso palabra, proponiendo nombramiento mesa presidencial. Elígese ésta presidente Paraíso, cuatro vicepresidentes, ocho secretarios. Todos dan gracias recomendando huir oratoria. Reniégame parlamentarismo entre grandes aplausos. Empiezan á faltarme fondos. Continúen remitiéndomelos sin derroche oratorio.—Paraíso, digo Michi.

Un artículo del Sr. Moret

Zaragoza 20 (5 t.)

Concurrentes Asamblea comentan con monosílabos artículo Moret publicado *Heraldo de Aragón*. Dúdase sea de él apesar firma por no tener faltas ortografía. Felicito ímprobo trabajo corrector pruebas periódico zaragozano. Moret recomienda Asamblea huya parlamentarismo. Artículo parece largo discurso parlamentario. Salida Asamblea sesión inaugural fórmanse grupos asambleístas recomendándose unos á otros elocuentemente huyan derroche oratorio. Ciudad parece convento Cartujos que hablan. Dícese esta noche Ayuntamiento prohibirá serenos población que conversen y canten hora. Alguenos juzgan artículo Moret sea bicha. Yo creo sea bicho.—Michi.

La Asamblea descansa

Zaragoza 20 (11 n.)

Acaba acostarse Paraíso. Dícenme ronca huyendo derroche oratorio. Población acústase como Paraíso. Varios asambleístas con Eva oratoria.—Michi.

Trabajos de la Asamblea

Zaragoza 21.

Los congresistas después pródiga discusión han tomado siguientes acuerdos:

Huyendo derroche oratorio todos asuntos se discutirán dos veces. Una en sesión secreta, otra en sesión pública.

Esto supone gran ahorro palabras.

Como protesta prácticas parlamentarias y políticas, se han nombrado cinco subcomisiones. *Reorganización política y administrativa, Hacienda, Fomento, Justicia, Guerra y Marina* que discutirán huyendo derroche oratorio respectivos asuntos.

Luego presentarán ponencias que discutirán congresistas huyendo siempre consabido derroche, primero sesión secreta, luego sesión pública.

Hoy no celebra sesión Asamblea á causa hallarse congresistas alófonos de tanto recomendar se prescinda exceso palabras.

Paraíso siente aparición bicha.

Asegúrame se le enrosca ya manzano.

¡Oh dolor! Remita fondos.—Michi.

COSITAS DEL PERRITO DE CALÍNEZ

Nuestro querido amigo y maestro D. Eusebio Blasco que estaba en San Sebastián, ha regresado á Madrid.

Y apenas llegado á la corte ha pedido ya desde la primera columna de el *Heraldo* la dictadura de un general.

Siempre que nuestro amigo vuelve á Madrid viene pidiendo algo.

Pero ahora quiere nada menos que el triunfo exclusivo é indiscutible del sable.

Grilo encontró ayer á Blasco en la calle de Sevilla y le dijo con lágrimas de gratitud en los ojos:

«¡Gracias, Eusebio!»

Después le besó la mano de la empuñadura, y fuése.

Sánchez de León ha estrenado *Los Danicheff*, obra rusa, para hacer con ella *pendant* á un ruso de cuadros que tiene en su bien provisto y exótico guarda ropa.

En esa obra hace Mendiguchia el papel de príncipe Walanoff.

Walanoff Walanoff ¡qué título tan raro!

A mí me suena, me decía anoche un joven decadente, sobre todo quitándole la terminación slava.

Me imagino que Mendiguchia no estará mal de Walanoff; pero cómo haría ese papel Willaverde si se hubiera dedicado al teatro...

¡Bordándolo!

Nadie se ha enterado de que el ministro de la Gobernación, como si no dijéramos nada, anda suelto por esos mundos de Dios.

Primero fué á Fortuna, lo mismo que Gamazo, después á Murcia, luego á Hellín á conquistar por segunda vez á Xenofonte, y ahora no sabemos dónde está.

Y todo el mundo sin enterarse.

Digo, no; el ordenanza de Gobernación encargado de la limpieza del despacho del jefe, decía ayer corriendo con pasos *meditabundos* aquella habitación.

¡A mí me falta algo! ¡A mí me falta algo!

¡Cielos! ¿Era acaso el ministro?

Pues ó el ministro ó un plumero; porque ¿qué otra cosa podría ser?

LA ÚLTIMA SESIÓN

Montero Ríos, pensando en Meco á más no poder, subía las escaleras del palacio del Quai d'Orsay y sonreía unas miasjas oyendo á un *attaché* que decía:

—Ahora lo comprendo todo, don Eugenio.

—Y ¿qué es ello?

—La razón de que este ministerio sea llamado «de Negocios extranjeros».

—Verdaderamente; lo que es el último ha sido morrocotudo.

Al embocar el salón de sesiones el presidente de la comisión española se dió de bruces con uno de los yanquis, y no pudo menos de exclamar:

—Pero ¡qué torpe es esta gente!

—¿Torpe?—replicó el *attaché* de referencia—será con su cuenta y razón.

En efecto, al ir á mirar la hora, el Sr. Montero Ríos se encontró sin reloj.

La cadena ¡menos mal! fué respetada. Sin duda los ladrones que andan por aquel palacio sienten increíble horror hacia las cadenas; quizá lleven aún en el tobillo la señal del grillet.

Todo en el salón estaba dispuesto para firmar la paz en el instante. Los espadistas, quiero decir, los estadistas norteamericanos celebraban el triunfo haciendo repetidas visitas al buffet. Algunos de ellos salían limpiándose la boca con el dorso de la mano y mostrando en el bolsillo alto de la levita una cucharilla de café.

Uno de los comisionados españoles echó de menos el pañuelo de las narices, y como eran ya lo menos tres docenas los que llevaba perdidos en esta temporada, tuvo por conveniente asomarse al balcón y llamar á un policía que se paseaba por allí enfrente.

—No podemos subir—dijo el llamado—somos guardias de la Paz, y como tales sólo queremos que la paz se firme cuanto antes.

—Lo mismo quiero yo—añadió el español cerrando la ventana—antes de que lleguen á las cuatro docenas.

Entre tanto, el presidente de la comisión norteamericana hacía tiempo: con una bolita de cera que aplicaba á las cerraduras del salón y de los muebles obtenía preciosos moldes que los yanquis alababan mucho.

De cuando en cuando se tumbaban diplomáticamente en los divanes y hojeaban el *Times*, órgano oficial del Congreso de la Paz.

Nadie turbaba tan solemne como edificante escena, á no ser algún hujier que habiendo ido á comprar tabaco de parte de algún personaje norteamericano, volvía á decirle, trastornado y confuso, que aquella pieza de dos francos era completamente falsa.

—Vaya, señores, ¡á firmar!—dijo de repente Mister Day sacando amablemente un revólver de cinco tiros.

Los comisionados españoles y los yanquis se acer-

caron á la mesa, obedeciendo á tan cortés invitación.

Momento solemne. Los miembros del Congreso, formando una masa negra coronada por cráneos calvos canos y grises, ocultaban por completo la mesa y todos sus enseres.

De repente Mister Day dió un puñetazo ó más bien un golpe con la culata del revólver.

—Volveremos otro día—añadió contrariado;—digan ustedes á su Gobierno que hemos aplazado la firma del tratado de paz.

—¿Qué había ocurrido?—se preguntará de seguro el lector curioso.

—Nada; que de la mesa del Congreso había desaparecido el tintero.

Era de plata.

LOS CLÁSICOS MECHADOS

(BOCADILLOS DE CALÍNEZ)

Decía en Zaragoza Castellano:

«Pasáronse los Segis del verano, el Gamazo pasó con sus racimos, quedó el Sagasta con sus nieves cano y ni por esas, Fabio, nos crecimos: no caerán ¡que nosotros lo porfia en nuestro engaño inmóviles vivimos!»
Y al decir esto lágrimas vertía, y en tanto la Asamblea comerciante discurso tras discurso fulgurante lo divino y lo humano discutía: y en Madrid tan valiente se hallaba y tan campante el soberbio tirano de Occidente.

—Valeriano, ¿por qué, con alma y vida de Romero estuviste apasionado?
¿Qué es lo que de él te tuvo enamorado?
—La dulce boca que á gustar convida un humor entre perlas destilado.

Mirando hacia Paris se halla Gamazo que con sus provincianas eminencias de pan llevar, á correr va un bromazo, ansia que den fin las conferencias de Paris, y aguardando se divierte cantando:
«Gamacistas, que fuerdes allá por rotativas al otero, si por ventura vierdes de vuelta ya á Montero, decilde que adolezco, peno y muero.»

Ojos claros, serenos del duque de Almodóvar agraciados ¿no mirais cómo os cuelean los tratados?
Si cuando cuidadosos más bellos parecís á quien os mira me parece mentira que os engañen franceses astuciosos ¡Oh, platos onerosos!
Ojos claros, serenos ya que tan mal miréis, mirad á menos.

PASTAS Y FORROS

El poeta zaragozano D. Agustín Yanguas acaba de reunir en un tomo, no precisamente las coplas de Calainos (que esa es tarea encomendada á las Cámaras de Comercio reunidas en dicha capital), sino una muy linda colección de sonetos originales.

La publicación nos parece oportunísima: una semana más y esos sonetos no hubieran podido publicarse.

Porque de hoy en adelante los sonetos no podrán tener más que ocho versos á lo sumo, y ya son bastantes endecasílabos para las modestas necesidades de España sin colonias. Así lo han dispuesto en las conferencias de Paris los señores yanquis, que para eso son los vencedores y pueden quedarse con todos los tercetos que quieran.

De todas maneras, para la Europa actual no hay más que un terceto aceptable: el terceto de los ratas.

El año taurino es un útilísimo folleto en el cual su autor, nuestro buen amigo D. Manuel Serrano García Vao (*Dulzuras*), expone, corrida por corrida, toda la historia tauromáquica del año 1898.

El Sr. Serrano habla solamente de las corridas verificadas en la plaza de Madrid y, como hombre discreto, no tiene una palabra para la plaza de Paris, donde también se torea de firme.

Verdad es que allí somos los lidiados.

Deseamos que el libro de *El año taurino* se ponga de texto, aun cuando sólo sea para que dé motivo á un nuevo artículo coruscante, relampagueante, *bizarro y espectral*... no crean ustedes que de Burell, no; del marqués de Villaviciosa de Asturias, señor feudal del famoso juez Barinaga y demás siervos *dela brenga*, que dice Capdepón.

... y no va más

—¿Qué tiene usted, D. Práxedes?
—Lo de siempre; que no sé qué hacer.
—Dígame usted de que se trata.
—Pues se trata, amigo Calínez, de una comisión de Sevilla que ha venido á pedirme los restos de Colón ¿qué hago?
—Pues déselos usted ¡y á ver como no los tiran al río!

Tranquilicémonos:

«El embajador de España en París, Sr. León y Castillo, ha comunicado al gobierno, como lo hizo el de Londres, que, según sus averiguaciones, tampoco se ha hecho en París el empréstito carlista.»

Pues si no se ha hecho en París ni en Londres quizá se ha hecho en Lisboa ó en Viena...

O en cualquier otro café de esta corte.

El domingo por la noche hubo en el circo de Colón su mijita de bronca por haberse expendido más localidades de las que buenamente tiene el circo.

Estos procedimientos tan usados en los trasatlánticos no ha querido tolerarlos el pueblo de Madrid, y ha hecho divinamente.

¿Qué trabajo le cuesta á la empresa del circo poner un cartelito á tiempo?

Nosotros podemos facilitarle el que habíamos mandado hacer con destino á la Presidencia del Consejo y que dice así:

«¡Ya no cabe más!»

Conferencia:

«Supone un colega que la conferencia que ayer celebraron el embajador de Alemania y el ministro de Estado, fué relacionada con el problema de Filipinas.»

¿Problema?

Eso quisieramos

El epistolario de la paz:

«Por el correo de ayer escribió el presidente del Consejo una extensa carta al Sr. Montero Ríos con las últimas instrucciones para los próximos debates que han de ocurrir ya en el seno de la comisión.»

No sabemos cuales serán las últimas instrucciones de Sagasta.

Pero las de Calínez á Montero Ríos serían las siguientes:

Mejor será que se resigne usted á no decir «esta boca es mía» porque van á responder que no es verdad y que es de ellos también.

Con pluma de cisne vivo dicen que firmó en el acto de darle el toisón al otro.
¿Con qué firmará el tratado?
¿Será con pluma de cisne?
¿Será con pluma de ganso?
Ello es que siempre que él firma queda *alguno* desplumado.

No es flojo el quehacer que tiene el señor ministro de Ultramar, cuando no debía tener ninguno.

Lean ustedes:

«El señor ministro de Ultramar se está ocupando en girar al capitán general de Cuba los 30 millones de pesetas últimamente pedidos.»

Ese general Blanco es terrible.

Tira del cable como tira el casero de la campañilla.

Sablegrama va, sablegrama viene...

Con franqueza; ¡esto ya no es ni siquiera respetar el armisticio!

Noticia estupenda:

«Ayer se hizo, en igual forma que los años anteriores, la publicación de la Bula de la Santa Cruzada.»

Me extraña mucho.

Yo creía que este año no iba á haber bula para nadie.

—Mi querido papá político...

—¿Qué hay, Fernando?

—Que eso de Zaragoza toma más importancia de lo que creíamos.

—¿Ha habido algún motín?

—Eso quisieramos; pero no ha habido motín; la prensa está entusiasmada y todos los periódicos traen sendas columnas dedicadas al asunto del día.

—¿Todos?

—Todos.

—¿La *Gaceta* también?

—¡No, papá, por Dios! La *Gaceta* no dice nada.

—Pues teniendo nosotros la *Gaceta*, los demás periódicos bien puedes dárselos al chico para que haga pajaritas de papel.

Una noticia que me permito comentar con permiso de Novejarque:

«Se está buscando en Soria un local en que habilitar una oficina para cincuenta empleados que el ministro de Hacienda ha de enviar á dicha capital para ocuparse en las operaciones del catastro.»

El Gobierno no cesa de pensar en el *calastro*.

Y las oposiciones nos recomiendan que tengamos fe.

Ahora unan ustedes las dos palabras y tendrán el todo ó solución de la charada patriótica pendiente.

Con toda brillantez se ha verificado en Tudela de Navarra el ensayo de movilización de la Cruz Roja. Las camillas, los botiquines, las ambulancias, la asistencia médica y quirúrgica, todo estuvo tan arreglado, tan perfecto y tan oportuno que, como dijo aquella tarde uno de Corella:

—Dá ganas de empezar la tercera guerra civil.



(Cuentos, chismes, charadas, chascarrillos, merinerías, jacksoncapuzadas, capdeponadas, etc.)

- Colmos.
- El de la esgrima: darle un sablazo á Grijlo.
- El de la usura: prestar dinero á Gamazo.
- El de la paciencia: leer á los Sepúlvedas.
- El del progreso en materia de embutidos: hacer salchichones de trolley, como antes se hacían de... *tracción animal.*
- El de la precaución patriótica: no usar para el aseo más que agua de Florida, por si vienen á quitarnos la de Colonia.
- El de la desocupación: traducir al castellano los artículos de Bonafoux.
- El de la despreocupación: admirar á Villaverde en su nueva postura *académica.*
- El de la sastrería: cortar un traje á D. Martín Esteban y que le caiga bien. (Este colmo le ha realizado Benavente, que conoce el paño).
- El de la oportunidad: coger á Silvela con las manos en la masa neutra.
- El de la candidez: esperar que maduren las brebas que ha de fumarse ya D. Arsenio. Sabido es que el general morirá chupando *de á diez, del cesto.*
- El de la inocencia científica: tapar con burlete todas las ventanas del saber á que se ha asomado D. Antonio María Fabié.
- El mismo colmo, de otra manera: llevar un gergolífico de este *Almanaque* al sabio egiptólogo Don Sesóstris Fernández, González, para que lo interprete.
- El de la investigación psicológica: adivinar lo que piensa el Sr. Groizard, ministro sordomudo y *abúlico* (olé, ya) de Gracia y Justicia.
- El de la pesca: pescar gamacistas á bragas enjutas.
- El de la caza: cazar al vuelo las ocurrencias de Capdepon.
- El de la divisibilidad: hacer lo que el R. D. Carlos, que ha levantado un empréstito de cuarenta millones para cambiar cuarenta millones de veces la peseta sobre España.
- El del separatismo: separar á González Llana de Francos Rodríguez.
- El mismo, de otra manera: declarar cabezas de partido á los Sres. Linares Rivas, Duque de Tetuán (antes Puñoenrostro).

Decorado exterior de la Academia Española para recibir en su seno al Tintoretto.

CALINEZ ESTERERO

¡YA ESCAMPA!

(EN LA ASAMBLEA DE ZARAGOZA)

A ver vosotros, Piave, Michigánz, Bicome, Pifartos, venid todos y apercibid cuanto antes martillos y tenazas, bolsas de alfombra con todos los ovillos y agujas necesarios y, sobre todo, puntas de París, de esas flamantes y afiladas que nos remite diariamente Montero Ríos... Escuchad mis órdenes y preparaos á cumplirlas con toda diligencia y actividad, porque en caso contrario tengo para mí que no vamos á poder servir todos los urgentes encargos que tenemos para esta tarde.

Tú, Michigánz, vete á la Presidencia y coloca una estera de pita goyes? de pita precisamente, en la sala de los Consejos. Llévate también dos tapices de la India, uno para la puerta del salón y otro para tapar el mapa de Cuba que solía haber sobre un caballete.

Tú, Piave, coge buena cantidad de tiras de paso, diez ó doce rollos, y te vas con ellas al ministerio de Ultramar, donde ateniéndote á las instrucciones del ministro del ramo (no está mal ramo... de erisipela) iras colocando las tiras, no extendiéndolas á modo de alfombras, sino arrollándolas á manera de venda y cuidando de poner debajo, como mullido, en vez de paja ó hierba seca, buenos golpes de algodón boratado, fenicado y aunque sea hidrófilo simplemente.

Tú, Bicome, agarra el muestrario completo de alfombras de Bruselas, llévaselo al señor ministro de Estado y dile que todas son auténticas y remítidas por el propio sindicato de estereros belgas, que se propone alfombrar y clavetear en un santiamén todo el archipiélago filipino.

Tú, Pifartos, llévate al ministerio de Hacienda esas alfombras que hay de un solo color y le dices á Puigcerver de mi parte que esas son las mejores, porque ¿para qué quiere meterse en dibujos?

A Gamazo le llevais dos *moquetas*, diciéndole que son por encargo de D. Práxedes, y á Mella y á Cerralbo varios limpiabarros ingleses para que se limpien... También habrá que hacer muchos remiendos y colocar gran número de alfombras de escalera, porque va á ser este un invierno de mucho subir y bajar pero, en fin, de todo esto y de los otros encargos que vengán ya hablaremos mañana... Conque ya lo sabéis! cada uno á su obligación, no cansarse martillad con gana.

Y ahora continuaré mi tarea de escribir la Historia de la Esterería en España.

«Edad contemporánea.—Capítulo I.—De cómo el príncipe de la Paz (eso es, de la Paz) fué sacado por el pueblo de entre un rollo de esteras...»



—Hágame usted el favor de oírme dos palabras: solo dos palabras...

—Va usted á saltarme un ojo, si se acerca, con la punta del paraguas.